

Monturideo, setiembre 14 / 1929

Sr.

Dr. Antonio Trompore

Ciudad

Dr. Trompore:

Días parados llegué hasta Ud. lleno de desesperación y de rencor; pero una palabra suya, una reacción suya, inesperada y de calidad infinitamente superior, operó un cambio repentino en mí. Mi agradecimiento me obliga a decirle algo, que Ud. tendría la bondad de soportar.

Yo soy un estudiante que tuvo la mala suerte de perder el examen general, en la parte escrita. Quizás Ud. nunca ha perdido un examen decisivo, ni lo ha perdido cuando tenía la absoluta necesidad de salvarlo. Aun en ex caso, Ud. todavía me puede comprender, porque demostraré poseer en grado excepcional el don de comprender.

Después de haber hecho el escrito, como es natural, consulté los casos con dos profesionales a quienes me une un afecto entrañable. Son, ambos, profesores de la Facultad. En concepto de ellos, y con la claridad de juicio que yo les profusione, he resuelto bien los problemas, sobre todo porque los he aclarado, demostrando errores. En consecuencia, yo tenía gran esperanza de salvar. Esperanza y necesidad.

Debo confesarle que después que Ud. me explicó los fundamentos de mi apoplejamiento, recién me convencí de que el único, y exclusivamente único culpable de mi pasado, soy yo mismo.

Yo soy marino, y ya tengo casi cuarenta años. Empecé a esta-

dejar notariado, para solucionar mi parvecer, a la edad en que casi todos los demás ya tienen su posición hecha. Estudié con dificultades inportantes, que a cualquier otro hubiera desanimado. Pero realmente general, es el segundo que soy, con peor resultado que el primero, pero mi sequim para el oral.

He luchado siempre sin ventajas y sin traumas jamás. Soy un sentido claro de la responsabilidad, aunque esta casta, traicionando mi intención, pudiera hacerle pensar otra cosa.

Soy casado. Soy familia y el culto de la familia. No estudio por ambición, por que no soy demasiado ingenuo; excepto por la ambición sin límites de proporcionar bienes y felicidad a los míos.

Estudié con pasión, con febril y con apremio. Si me hubiera recibido cuando di el examen por primera vez, hacen tres meses, mi posición hubiera quedado despejada. Sería que recibirme a plazo fijo. El haber perdido esta vez a cuenta de lo, definitivamente, mis posibilidades de mejorar.

He dado todo mis exámenes en una forma absolutamente horrible; quisiera decir que pudiendo - si era fuera mi debilidad - hacerme examinar por amigos o haber recurrido al expediente de las recomendaciones, no los he aceptado nunca, sino que me he puesto siempre a ello en forma rotunda, de lo que me siento perfectamente satisfecho. Por otra parte, no soy un avaros que de examen superanzado en la amada de la muerte. Al contrario, yo sé que la muerte ~~no~~ siempre me ha sido adversa en los exámenes. Pues bien, frente a mi fracaso de, yo, heube frente y acostumbrado a afrontar las dificultades de la vida, hice, dos veces, lo que no había hecho desde la infancia: cuando regresé a mi

para a dar la noticia del desastre, lo sé como un niño. No me da vergüenza decirselo a Ud., a propósito esta confesión sin temer el ridículo, porque el que juzga, ahora, no es Ud., sino que soy yo. Cuando, a las pocas horas, recibí de haber hablado con Ud., lo sé nuevamente, sin poder evitarlo. Ahora, no era por mi goamen, solamente, ni por mi augustiniana derrota, sino por haber descubierto, por haber encontrado en mi vida, un hombre bueno. Permítame explicarme:

En medio del naufragio de mis esperanzas, acobardado hasta el infinito, profundamente descorazonado, quise tener el consuelo de saber la causa del fallo adverso de la mesa.

Es horrible recordarlo ahora; pero si Ud., Sr. (o alguno de los miembros de la mesa, que hubiera encontrado, indistintamente) por una fatalidad no hubiera podido atenderme, ya parece por estas muy pesadas (y me había considerado desairado en escarmin) - o se ofrese a darme el informe pedido, o me respalde con seriedad, y, que nunca le vido un impulso, le había, seguramente, muerto. Se lo digo sin ambajes, porque esto es demasiado grande.

Ud., con esa infinita riqueza espiritual que tiene, comprenderá la situación de un hombre honrado, noble, pacífico que estuvo a un paso de cometer una bajeza, un acto horrible, cuyo recuerdo todavía hace daño y es como una pesadilla torturante.

Pero, por suerte, en lugar de encontrarme con un gaminador, me encontré, repentinamente, con un hombre.

No un hombre cualquiera, sino con un hombre admirable, que,

además de salvarme, me proporciono el delito de mortarme un espíritu maravilloso. Como un artista (pudore, Sr.) que se encuentra de repente frente a la obra perfecta, ideal, yo creí encontrar ante la belleza pura, porque sus palabras y la forma de decir las, solo pueden fluir de un espíritu dotado de una riqueza inagotable y de calidad excelente.

El haber cesado en mi situación de dependencia con respecto a Ud., me permite ahora juzgarlo, Sr., sin tener fechorías interpretaciones.

Pues bien: Ud., en el hecho dicho, me dijo, entre otras cosas, cuando yo, sin haberlo premeditado, ^{de un golpe} se lo expuse, le expuse que había abandonado la carrera: "No; no haga eso. Sería un remordimiento. Ud. dará en diciembre. Insistirá y venga a verme."

De modo que Ud., que no me conoce, que no conoce mi situación, y que por lo tanto no solo no tiene, desde luego, la más mínima culpa de ella, sino que ni siquiera le puede remediar - con una naturalidad que me asombró, como si fuera hábito en Ud. ser franco y comprender - en medio de un torcazo de funcionario y de profesional, tiene tiempo para ser humano y lo es en forma espléndida, magnífica, estupenda. Pero en no es de este mundo, Sr. Trombino!

Si Ud. se apercebió de mi derrocamiento, que yo no quería denunciar, es porque Ud. se capta de pronto alguna preocupación por los demás. Y no es culpable. En exámenes no se deberían ni siquiera remordimientos; y yo, además de creerlo, tengo motivos de creerlo, porque quiero vivir con respeto y fe hacia el pedestal

que Ud. se ha hecho

Ud. no tiene por qué sentir ningún remordimiento, puesto que Ud. me obligó o contribuyó a aplazarme - torciendo mi destino - en ejercicio de un deber. Ud., honradamente, puesto que mi trabajo no era satisfactorio, tenía solo una cosa que hacer: aplazarme. Hasta en eso usted admirable.

Este casto no tendría ningún objeto si no fuera éste: tener la tranquilidad de saber que Ud. sabe perfectamente que no tiene ningún motivo para sentir ningún pesar por mi examen. He tenido lo que deseaba, se me informó de lo que, por lo que sería proceder irrisoriamente si guardara silencio.

Por otra parte, mis dificultades particulares son de mi exclusiva cuenta y Ud. es ajeno a ellas.

Desde luego, mi resolución de no seguir estudios, es definitiva, aun que quisiera, no podría hacerlos. Además, con esta carta me creo, convenientemente, una absoluta implicancia, una inhibición terminante.

Desde aquel momento, hay una persona que lo conoce, le estima y le admira, y todo ello en forma real, noble, sin que le manche la más remota sombra de un cálculo egoísta y repugnante.

Gracias por todo y por haber leído hasta el fin.

Ud. se-estudiante